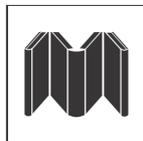


El verano de mi madre

ULRICH WOELK

Traducción:

LAURA MANERO JIMÉNEZ



MAEVA

*Fly me to the moon,
Let me play among the stars.
Let me see what spring is like
On Jupiter and Mars.
In other words, hold my hand.
In other words, darling, kiss me.*

Tema compuesto por Bart Howard e interpretado
por Doris Day y Frank Sinatra, entre otros.

1

En la periferia de la ciudad

EN EL VERANO de 1969, unas semanas después del primer alunizaje tripulado, mi madre se suicidó.

Vivíamos en un barrio de la periferia de Colonia, y por aquel entonces aún se reconocía en él la estructura agrícola y rural que lo había caracterizado tiempo atrás. En torno a una pequeña iglesia románica y a otra más moderna y de mayor tamaño, hecha de ladrillo, había siete u ocho calles estrechas que se extendían en dirección al Rin con casitas bajas y fachadas de entramado. A veces, cuando soplaban viento del oeste o del sudoeste, desde mi habitación se oía el rumor de las gabarras del río. Justo antes de llegar a la orilla, dos viejos ramales del Rin habían formado sendos estanques alargados y con bordes de terraplén que se inundaban cada primavera.

En la planicie algo elevada que se levantaba a las afueras del pueblo había varias granjas. En verano, los extensos campos relucían con el amarillo brillante de las mieses maduras. Durante los años cincuenta empezaron a ensanchar los caminos que separaban los diferentes cultivos y convirtieron las tierras de labranza en terreno urbanizable. Lo parcelaron todo y construyeron viviendas unifamiliares. La nuestra era de 1964, una edificación moderna, con garaje doble adosado y un gran ventanal de cristal que daba al jardín.

Mi padre era ingeniero y había apostado por las técnicas de construcción más punteras: grandes y luminosas ventanas de cristal doble, puertas lacadas en blanco, marcos metálicos grises

y, en el suelo, a lo largo del ventanal panorámico de la terraza, un hueco de unos cuarenta o cincuenta centímetros de profundidad para el convector de la calefacción, cubierto por una rejilla sobre la que se podía caminar.

Los primeros años que vivimos allí, mi padre disfrutaba al explicar el funcionamiento de ese hueco a todos los amigos e invitados que venían de visita. El radiador oculto bajo el suelo garantizaba la óptima circulación del calor por toda la sala y resolvía el problema de los pies fríos que provocaba la gran pared de cristal, todo ello sin interrumpir las vistas al jardín.

También la cocina estaba a la última. La encimera, de un material sintético azul claro a prueba de rasguños, estaba iluminada por largos tubos fluorescentes instalados bajo los armarios. Cuando mi madre cocinaba, sobre las ollas se oía el soniquete continuo de una campana extractora con filtro metálico, equipada incluso con una lámpara esterilizadora de luz ultravioleta. El resplandor azulado que salía de ella siempre me pareció muy misterioso porque no sabía para qué servía. Cada vez que mi madre se ponía al frente de los fogones, era como si estuviera a los mandos de una cabina de pilotaje.

En resumen, que con nuestra vida de terraza de cemento pulido, calefacción central y garaje doble adosado parecía que una nueva era había hecho su entrada triunfal en aquel mundo de campesinos católicos con granjas que olían a estiércol, campos de trigo y destartalados graneros de madera en los que todos los otoños se apilaban balas de paja.

Éramos pioneros, y cuando más se notaba era a la hora de hacer la compra. La oferta del pueblo nos llegaba para satisfacer las necesidades más básicas. Comprábamos el pan en la panadería; la carne, en la carnicería. Para folios y material de escritura había una papelería, y en algún momento incluso abrió una tienda de electrodomésticos con tostadoras y hervidores de agua. Pero para todo lo demás había que ir «a la ciudad», como

decíamos entonces. En el pueblo era absolutamente imposible comprar, por ejemplo, unos vaqueros, y yo había insistido en que quería unos para cuando cumpliera los once años, en marzo de 1969.

Mis padres no eran muy modernos que digamos en cuanto a vestimenta. Mi madre solía llevar faldas de lana de color beis y blusas claras y bien almidonadas. Para las ocasiones especiales, como invitaciones o trámites administrativos, tenía trajes de chaqueta en colores discretos, rosa palo o gris claro. Protegía del viento las rígidas ondas de su cardado de peluquería con pañuelos de seda, y estuvo varios años poniéndose una capa de nailon de un violeta subido en los días lluviosos.

A mí siempre me había comprado ella toda la ropa. En verano llevaba camisas de cuadros y pantalones cortos; en invierno, suéteres y pantalones de vestir con raya. En las celebraciones, mi madre me encasquetaba una estrecha corbata sujeta con goma. Nunca me había parado a pensar en mi estilo, así que desear unos pantalones en concreto era algo nuevo para mí. Antes, jamás se me habría ocurrido pedir ropa por mi cumpleaños. Mi madre, sin embargo, no puso ningún reparo en comprarme los vaqueros, así que tendríamos que ir a buscar unos «a la ciudad».

En el colegio se había corrido la voz de que cerca de la catedral de Colonia habían abierto una tienda en la que vendían exclusivamente vaqueros estadounidenses, y que además no se llamaba «tienda» sino *store*, una palabra que yo no había oído nunca. Sea como fuere, en mi clase, todo aquel que quisiera hacerse valer tenía que conseguir unos vaqueros del *store* ese.

Fuimos «a la ciudad» en un tranvía que serpenteaba por la periferia y a menudo quedaba atrapado en los frecuentes atascos. Cuando eso sucedía, yo pasaba el tiempo contemplando los grandes plafones publicitarios que había junto a la calle y en las

paradas. Los anuncios que más me gustaban eran los de tabaco, sobre todo los de Camel con filtro y los del hombrecillo de HB.

Al entrar en el *store* me quedé sin habla; fue como si un nuevo mundo se abriera ante mí. Las tiendas de ropa en las que hasta entonces me habían comprado las camisas, los pantalones y los jerséis eran establecimientos muy estrechos. Las dependientas sacaban las prendas de unas cajitas de cartón y te las desdoblaban sin demasiadas ganas. Al segundo o al tercer modelo, como mucho, tenías que decidirte ya.

¡Qué diferente era aquello! En lugar de que una adusta dependienta te preguntara desde detrás de un mostrador qué deseabas y qué talla tenías, allí podías moverte por un espacio amplio y luminoso. Había vaqueros de todas las tallas y de todos los modelos imaginables apilados en estanterías de varios metros de largo. Los probadores tenían puertas oscilantes, como de *saloon* del Oeste, y frente a ellos se veía un animado gentío.

También mi madre estaba visiblemente sorprendida, aunque me di cuenta de que su asombro se mezclaba con cierto escepticismo porque no sabía bien cómo orientarse entre aquella ingente oferta de pantalones. Se quedó un momento quieta sin saber adónde ir, hasta que la jefa o una encargada se acercó con una sonrisa a explicarnos el sistema de organización de las estanterías. Los pantalones no estaban ordenados por tallas, sino según el ancho de la cintura y el largo de pierna. También se podía elegir entre diferentes marcas y modelos, ya fuera con pernera recta o acampanada de la rodilla hacia abajo, que era lo que se llevaba, según nos comentó.

Juntos escogimos unos cuantos pantalones y esperamos a que alguno de los probadores quedara libre. Me fui poniendo un vaquero tras otro; había oído decir que tenían que quedarte tan estrechos como si se te hubieran secado pegados al cuerpo. Las marcas entre las que se podía elegir eran Wrangler y Levi's®,

y las opiniones sobre por cuál de las dos había que decidirse eran diversas. Los hermanos mayores de mis amigos asociaban determinados vaqueros con ciertos cantantes o grupos ingleses, pero nosotros todavía no escuchábamos esa música. Me probé unos Wrangler, luego unos Levi's ®, y no me pareció nada fácil diferenciar unos de otros.

Salía continuamente del probador para mirarme en el espejo grande, y en cierto momento me fijé en mi madre. Estaba a varios metros de distancia, delante de una estantería, dándole vueltas a algo. Me pregunté qué estaría pensando, porque allí las tallas eran demasiado grandes para mí. Al final sacó unos pantalones de la pila y se acercó.

—¿Qué te parece? —me dijo—. Podría probarme unos yo también.

Su pregunta me desconcertó. Hasta aquel momento no se me había ocurrido pensar nunca en la ropa que llevaba mi madre. ¡Si ni siquiera pensaba en la mía! Apenas unos meses antes, me ponía sin rechistar todo lo que ella me compraba. Convertirme, así de repente, en asesor suyo para cuestiones de moda no acababa de cuadrarme.

Además, tampoco me hacía mucha gracia la idea de que pudiera ponerse unos vaqueros. Siempre la había conocido con faldas y blusas. Y no solo a ella. Si lo pensaba bien, nunca había visto a ningún adulto del entorno cercano de mis padres y sus amigos con nada parecido.

Los vaqueros no eran pantalones para los adultos que yo conocía... y así quería que siguiera siendo. Si mis amigos y yo suspirábamos por esa prenda en concreto no era porque los adultos la llevaran, sino precisamente porque no lo hacían.

Aturdido ante la pregunta de mi madre, solo pude contestar:

—Claro, por qué no.

Asintió y desapareció con los vaqueros en un probador. Yo no estaba contento con ese giro de los acontecimientos, habíamos

ido allí para comprarme unos vaqueros a mí, no a ella. Además, era incapaz de imaginarla con ese atuendo. Pero ya no había remedio, así que esperé.

Cuando salió del probador, me encontré ante una estampa extraña. La mujer que tenía delante era mi madre, sin duda, pero al mismo tiempo no lo era. Los vaqueros parecían haberla transformado en otra persona. De pronto se daba un aire a la dependienta, una mujer muy diferente y que actuaba de un modo muy distinto al de ella.

—Bueno, ¿qué? ¿Crees que me quedan bien?

¿Cómo se suponía que debía contestar a esa pregunta? Era como si me estuviera obligando a escoger como madre entre ella y otra persona, cosa que yo no pensaba hacer. Quería que siguiera siendo la madre a la que conocía desde que tenía memoria: una fuente fiable de sustento que siempre estaba dispuesta a dejarlo todo por mí y mi bienestar. Al contemplarla en vaqueros ahí delante, recogándose la tela de la blusa un poco hacia arriba para verse la cinturilla, por primera vez sospeché que había facetas de su existencia que me resultaban desconocidas.

Por lo visto, la idea de llevar vaqueros le fascinaba y al mismo tiempo parecía asustarla. En cualquier caso, para ella era importante mi opinión al respecto, y yo seguía mudo. La dueña o la encargada del establecimiento, por suerte, apareció al instante. Había seguido los hechos con atención y se acercó a mi madre con una expresión jovial.

—¡Esos pantalones le sientan de maravilla! Tiene usted una figura ideal, si me permite que sea tan directa. ¡Es el tipo de mujer perfecto para llevar vaqueros!

Una sonrisa iluminó el rostro de mi madre.

—¿De verdad se lo parece? ¿No cree que estoy muy mayor para esto?

—¡Qué va! ¿Cómo no va a poder ponerse unos vaqueros una mujer de... cuánto? ¿Veintiocho? ¿Veintinueve años?

—Este año cumplo treinta y ocho.

—¡Qué me dice! —exclamó la dueña—. ¡No lo habría adivinado en la vida! Cuesta creerlo, pero le diré una cosa: precisamente por eso le aconsejo esos pantalones más aún. ¡Realzan su silueta juvenil! Además, yo creo que unos vaqueros pueden llevarse a cualquier edad. Verá, aquí todavía no ha llegado del todo la moda, pero en Estados Unidos es de lo más normal.

Mi madre volvió a ponerse delante del espejo y se miró desde todos los ángulos. Comparada con muchas otras madres que conocía, era cierto que resultaba muy esbelta.

Se debatió consigo misma durante unos segundos.

—No sé yo... Creo que este tipo de pantalón no es para mí. En realidad había venido con mi hijo. ¿Qué le parece? ¿Hemos acertado con la talla?

La dependienta levantó las cejas como diciendo «qué lástima» y se volvió hacia mí. Mientras mi madre se cambiaba, la mujer me ayudó a escoger entre las diferentes marcas y modelos. Me decanté por unos Levi's® porque me había fijado en que ella también los llevaba.

Mi madre se pasó el trayecto de vuelta mirando por la ventanilla del tranvía. Pocas veces hablábamos de algo que tuviera que ver con ella. En realidad, no sucedía casi nunca; si no, tal vez le habría preguntado en qué estaba pensando. La miré un rato, pero ella no se dio ni cuenta. Sus ojos inexpresivos estaban fijos en las fachadas bajas de la periferia que se sucedían a través de la ventanilla. Tal vez se preguntara si había sido buena idea comprarse esos vaqueros. No volvimos a hablar de ello.

POR LA NOCHE, estaba sentado con mi padre delante del televisor. Aunque entre semana no solían dejarme ver la tele después de las seis, mi padre estaba siguiendo con gran afición las retransmisiones especiales sobre el programa lunar Apolo de

Estados Unidos, y no le importaba que yo también me interesara por ello. Me había picado el gusanillo espacial. Era algo que teníamos en común, que nos gustaba a ambos.

Ese invierno, el Apolo 8 había realizado el primer vuelo con tripulantes alrededor de la Luna, cuya cara oculta nadie había visto en directo jamás. Yo no me cansaba de contemplar todas aquellas imágenes de cráteres y cordilleras irregulares. Dos días antes, el Apolo 9 había empezado a hacer pruebas en la órbita terrestre con su módulo, que en verano debía llegar a nuestro satélite con dos astronautas a bordo. El módulo no tenía para nada pinta de nave espacial, sino que parecía más bien la cabeza de un insecto.

En el programa estaban explicando los complicadísimos detalles de la misión Apolo 9. Mediante unos dibujos, enseñaban cómo saldría flotando el módulo lunar al espacio desde el interior del cohete, y unos cuadros explicativos mostraban de forma esquemática la difícil maniobra de pilotaje necesaria para acoplar el módulo con la cápsula Apolo. Era necesario conseguir una precisión milimétrica de las trayectorias a una velocidad de veintiocho mil kilómetros por hora, pero la cosa tenía buena pinta; los propulsores del módulo funcionaban a la perfección.

—Esa tienda de vaqueros a la que he ido hoy con mamá era gigantesca —comenté.

—¿Y has encontrado unos pantalones que te gustaran? —preguntó mi padre sin apartar la mirada de la pantalla.

—Sí, pero no me los daréis hasta mi cumpleaños.

—Ya faltan pocos días.

—También tenían vaqueros para mayores —añadí.

—Claro. En un principio eran pantalones de trabajo.

—Mamá se ha probado unos.

Los ojos de mi padre se separaron entonces de la pantalla y se posaron en mí.

—¿Ah, sí? ¿Unos vaqueros? ¿Y cómo es eso?

—La dependienta ha dicho que le quedaban muy bien —expliqué—. Entendía mucho del tema.

Tras mi comentario, mi padre reflexionó un momento y me miró igual que hacía cuando tenía que comunicarme algo importante.

—Verás, no me sorprende que la dependienta haya dicho eso. Su trabajo es vender pantalones, así que a todo el que entra en la tienda le dice lo bien que le sienta su ropa. Se lo diría incluso si no fuera cierto, o aunque esté claro que es un disparate, como en el caso de tu madre. Algún día lo entenderás, por mucho que no sea una lección agradable de aprender: la gente no siempre dice la verdad. Lo más normal es que te digan lo que les conviene a ellos.

Asentí. No se me había ocurrido pensar eso, claro. ¿Cómo iba a pensar algo así con diez... bueno, once años dentro de unos días? Mis padres, sobre todo mi padre, me habían inculcado que dijera siempre la verdad, así que yo daba por sentado que los mayores nunca mentían. Que de pronto me explicara que había adultos que, en determinadas circunstancias, no eran sinceros contradecía sus enseñanzas, y eso me molestó.

De repente creí comprender la inseguridad de mi madre ante el espejo. Sin duda se había preguntado si la dependienta le decía la verdad. Tal vez incluso le habría gustado creer que sí, pero al final había decidido no comprarse los vaqueros.

Era como muchas otras veces: vivía cosas nuevas gracias a mi madre, y luego era mi padre quien me las explicaba.

Volvimos a concentrarnos en la televisión y en las dificultades que presentaba la maniobra de acoplamiento entre el módulo y la nave principal.